

Juicio 22/75
16263

EL TEATRO.

COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LA REDENCION
DEL PASADO,

DRAMA EN DOS ACTOS Y EN VERSO

DE

DON MIGUEL PASTORFIDO

Y

DON SALVADOR MARIA GRANÉS.

1099

MADRID.
ALONSO GULLON, EDITOR.
PEZ.-40.-2.
1875

L47 - 6637

LA REDENCION DEL PASADO,

DRAMA EN DOS ACTOS Y EN VERSO

DE

DON MIGUEL PASTORFIDO

Y

DON SALVADOR MARIA GRANÉS.

Representado por primera vez con extraordinario éxito, á beneficio del primer actor D. JOSÉ MIQUEL, el 27 de Enero de 1875, en el Teatro de
ESLAVA.

José Rodríguez

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1875.

PERSONAJES.

ACTORES.

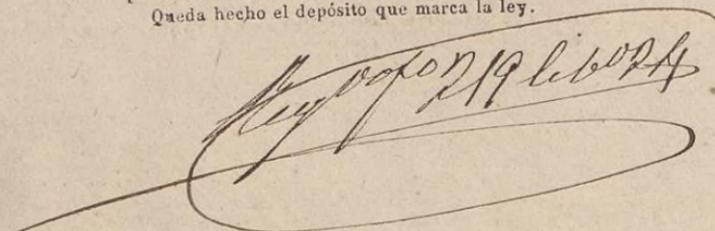
SOFÍA.....	D. ^a MERCEDES GARCIA.
LUISA.....	D. ^a MARÍA ARTIGUES.
CARLOTA.....	D. ^a DOLORES FRANCISCONI.
RICARDO.....	D. RAMON MARISCAL.
ADOLFO.....	
ERNESTO.....	D. FRANCISCO PELUZZO.
GIL-PEREZ.....	D. JOSÉ MIQUEL.
CÁRLOS.....	D. PEDRO ARANA.
ALBERTO.....	D. LUIS OBREGON.
BENEDETTI.....	D. JOSÉ MESEJO.
UN CRIADO.....	D. FRANCISCO RIAZA.

La accion pasa: el primer acto en Irun, año de 185...
el segundo en Madrid, seis años despues.

Esta obra es propiedad de D. ALONSO GULLON, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados representantes de la Galería Lirico-Dramática, titulada El Teatro, de dicho señor GULLON, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.



A large, stylized handwritten signature in black ink, likely belonging to Alonso Gullon, is written over a large, hand-drawn oval flourish.

247-6687

AL DISTINGUIDO ACTOR

DON RAMON MARISCAL,

En testimonio de cariño

Sus buenos amigos

Los autores.

AL DISTINGUIDO ASESOR

SEÑOR RAMÓN MARISCAL

En testimonio de cargo

Sus buenos amigos

Los señores

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de D. Ernesto. Puerta al fondo, sobre la cual hay un rótulo que diga *Caja*. Otras dos puertas á la izquierda que dan á las habitaciones, y una á la derecha que comunica con el exterior. Muebles decentes, pero sin lujo.

ESCENA PRIMERA.

GIL.

Esto ya pica en historia:
hace media hora que espero.
(Sacando el reloj.)
Y que este reloj no marra!...
como que lo usó mi abuelo,
que era el hombre más exacto
que había en aquellos tiempos.
—Cuánto tarda!... Ya se ve!
Como el señor don Ernesto
Vargas es un aristócrata
y yo soy pobre y plebeyo!...
Sin embargo, en punto á honrado
nadie me gana en el pueblo.
Y por eso el señor Vargas
me ha rogado con empeño
que venga todos los sábados

á hacer con él el arqueo
de la caja. Pero ó cesan
los plantones, ó prometo
por mi nombre de Gil-Perez...
Quién viene?... Es él? No; es Alberto.

ESCENA II.

GIL, ALBERTO.

ALBERTO. Sí, padre; al volver á casa
que viniera me dijeron;
porque usted quería hablarme
con urgencia.

GIL. Si, en efecto;
tengo que hablarte.

ALBERTO. Ya escucho.

GIL. Entre yo y mi amigo Pedro
Urrutia hemos decidido
sellar nuestro antiguo afecto
casándote con su hija.

ALBERTO. Y qué es lo que yo hacer debo?

GIL. Ir á verle y á decirle
cuánto es tu agradecimiento.

ALBERTO. Iré, padre mio.

GIL. Al punto.

ALBERTO. Le diré que le agradezco
el honor que me dispensa...

GIL. Justo!

ALBERTO. Pero que no acepto.

GIL. Cómo!...

ALBERTO. Porque es imposible.

GIL. Imposible!... No comprendo...

La hija de Urrutia es hermosa,
rica, jóven...

ALBERTO. En efecto;
pero...

GIL. Pero qué? Dí!

ALBERTO. Un hijo
no debe tener secretos

para su padre. Amo á otra.

GIL. No me sirve ese argumento.

- «Amo á otra!» Gran razon!
- ALBERTO. Es la única que encuentro.
- GIL. Bien... Y quién es esa otra?
Está en Irun?
- ALBERTO. Sí por cierto.
- GIL. La conozco yo?
- ALBERTO. Bastante.
- GIL. Dónde vive?
- ALBERTO. No muy lejos.
- GIL. Quién es, en fin?
- ALBERTO. Es Carlota.
- GIL. La hija de Vargas, el dueño
de esta casa?
- ALBERTO. Sí señor.
- GIL. Pero tú has perdido el seso!
- ALBERTO. No señor. Me ama.
- GIL. Esa boda
no te conviene, y me niego...
- ALBERTO. Mas por qué?
- GIL. No te conviene.
- ALBERTO. Carlota...
- GIL. Vale—es lo cierto—
un tesoro; su familia,
en cambio, no vale ni esto.
El padre es un hombre débil,
que vive bajo el imperio
de una mujer vanidosa,
que con sus locos dispendios
arruinó la casa; el hijo
un calaveron deshecho,
que juega como un marqués
y debe más que el gobierno.
- ALBERTO. Pero Carlota...
- GIL. Carlota
no será tu mujer.
- ALBERTO. Pero...
- GIL. No será tu mujer.
- ALBERTO. Ella
ó ninguna.
- GIL. Lo veremos! (Marchándose.)
- ALBERTO. Le di mi palabra.
- GIL. (Deteniéndose.) Cómo!...

Le dijeste á fe de Alberto
Perez?

ALBERTO. Le di mi palabra
de honor.

GIL. Entonces... Si es eso,
ya es diferente; si has dado
tu palabra, no hay remedio,
es preciso que la cumplas.

ALBERTO. Sí. (Con alegría.)

GIL. Serías el primero
de mi raza que faltase
á tan sagrado precepto.

ALBERTO. Padre!...

GIL. Al buey por la palabra
y al hombre, pues! por el cuerno.
No! Al revés... no sé qué digo.
En fin, me marchó y te dejo:
tú querrás hablar al padre...
dile que yo pronto vuelvo...
mientras á Urrutia le doy
una excusa... por ejemplo...
que tú... pues! y que yo... estás?
y que los dos... Hasta luego.

ESCENA III.

ALBERTO.

No esperaba yo tan pronto
lograr su consentimiento.
Qué feliz soy! Oh! Mi padre
bajo un exterior severo,
oculta un alma sensible,
un corazon noble y bueno.
Es preciso que Carlota
lo sepa todo al momento,
Su padre! Resolucion!

ESCENA IV.

ALBERTO, ERNESTO.

ALBERTO. Señor...

ERNESTO. Ah! Eres tú, Alberto?
Y tu padre?

ALBERTO. Ahora me ha dicho
que va á volver.

ERNESTO. Y á qué debo
el gusto de verte?

ALBERTO. (Él mismo
me alienta.) Señor, mi objeto
no es tal que pueda decirlo
sin sentir algun recelo.

ERNESTO. Ya sabes cuánto yo estimo
á tu padre... habla sin miedo.

ALBERTO. Pues bien, yo .. yo amo á Carlota.

ERNESTO. Á mi hija!

ALBERTO. Hace ya tiempo.

ERNESTO. Permíteme que te diga
que me sorprende en extremo...

ALBERTO. Le he disgustado á usted?

ERNESTO. No.

Siéntate aquí y hablaremos. (Se sientan.)

Tú eres joven: tu carrera
de abogado y tu talento
te ofrecen un porvenir
brillante.

ALBERTO. Sólo deseo
que usted me llame su hijo.

ERNESTO. Antes escúchame, Alberto.
Las apariencias engañan;
yo no soy lo que parezco.
Como recaudo los fondos
del Estado y los manejo,
me juzgan rico; y estoy
arruinado hace ya tiempo.

ALBERTO. Lo sabía.

ERNESTO. Por quién? Dí!

ALBERTO. Por Carlota.

ERNESTO. Será cierto?

ESCENA V.

DICHOS, CARLOTA.

CARLOTA. Sí, padre mio.

ERNESTO. Es decir,
que nos estabas oyendo?

CARLOTA. Perdon, papá!

ERNESTO. Ven, Carlota,

y responde sin rodeos.
El esposo que tú elijas
tendrá mi consentimiento.
Amas á Alberto?

CARLOTA. Le amo.

ERNESTO. Sí? (Á él.) Pues yo te la concedo.

ALBERTO. { Ah! (Con alegría.)

CARLOTA. {

ERNESTO. Lo queréis... Dios lo quiere

y oponerme yo no debo.

Tú eres el hombre, es decir,
la fuerza; grande es el peso
de los cuidados que abruman
á un buen marido; sé el dueño,
pero no el tirano; manda,
pero á la razon sujeto.

Tú eres la mujer; esto es,
la debilidad; y á un tiempo
el encanto de la casa,
la paz del hogar doméstico.

Cuando tu esposo, abrumado
por sus continuos esfuerzos,
la fatigada cabeza
recline sobre tu seno,

que encuentre en él la dulzura
de la calma. Sé el consuelo
de sus penas, y el alivio
de sus prolijos desvelos!

Estos son vuestros deberes;
que los observeis espero.

ALBERTO. Yo lo juro.

- CARLOTA. Y yo tambien.
- ERNESTO. Pues entónces que os dé el cielo
la dicha de que sois dignos.
- ALBERTO. Gracias, señor don Ernesto!
Corro á contarle á mi padre
mi alegría...
- ERNESTO. Adios, Alberto. (Váse éste.)
Tú, hija mia, vé al jardin;
yo iré allí á buscarte luégo. (Váse ella.)
Que sean ellos felices,
va que yo no puedo serlo.

ESCENA VI.

ERNESTO, LUISA.

- LUISA. Me has mandado tú venir?
- ERNESTO. Sí, te he llamado; y Dios sabe
que lo siento; porque es grave
lo que tengo que decir.
- LUISA. Sepamos qué significa...
- ERNESTO. Calma!
- LUISA. Pero...
- ERNESTO. Calma, digo.
Cuando me casé contigo
era yo pòbre y tú rica.
- LUISA. Ernesto!...
- ERNESTO. Bajo el influjo
de una admiracion sin par,
tu afan sólo era el brillar,
tu única pasion el lujo.
Yo lo advertí...—mal añoje
dificilmente se aleja—
sin proferir una queja,
sin arriesgar un consejo.
Que aunque juzgué desvarios
tantos inútiles trenes,
disipabas unos bienes
que eran tuyos y no mios.
Mas tenemos al presente
que expiar vicios pasados,
porque estamos arruinados.

- LUISA. Qué dices?
ERNESTO. Completamente.
Y pues la triste verdad
sabes ya de lo que pasa,
es preciso poner tasa
á esa prodigalidad.
- LUISA. Gran Dios! Verse en tal estado!...
ERNESTO. Yo no lo siento por mí.
Sabes que siempre vivi
como un modesto empleado.
Pero tú...
- LUISA. Cómo ha de ser!
ERNESTO. Tú que has vivido de un modo...
LUISA. Sabré scmeterme á todo.
ERNESTO. Gracias, Luisa!
LUISA. Es mi deber.
Tan sólo un temor me asalta,
tan sólo una cosa siento;
y es que mi arrepentimiento
no baste á expiar mi falta.
Ya con ese afan funesto
de lujo, te hice sufrir...
- ERNESTO. Qué importa?
LUISA. Y el porvenir
de nuestros hijos, Ernesto?
- ERNESTO. Eso, Luisa, no te aflija;
Dios no los pondrá en olvido.
Por de pronto, hoy me han pedido
la mano de nuestra hija.
- LUISA. Sí? Y es digno de tu agrado
el pretendiente?
- ERNESTO. Oh! Sí, mucho.
LUISA. Quién es?
ERNESTO. Alberto...
LUISA. Qué escucho!
ERNESTO. Perez.
LUISA. Un simple abogado.
Esa alianza manifiesta
al mundo nuestra derrota.
- ERNESTO. Carlota le ama.
LUISA. Carlota
es demasiado modesta.

No así Ricardo.

ERNESTO. Deploro
en él sus continuas faltas.

LUISA. Le impulsan miras más altas.

ERNESTO. Pero olvida su decoro.

LUISA. Tiene orgullo y ambicion.

ERNESTO. Cierto; y por eso se arruina.

LUISA. Tal vez...

ERNESTO. Ricardo camina
derecho á su perdición.

Por una carta que un día
le sorprendí, sé que ama
á cierta incógnita dama
de elevada gerarquía.

Sabes dónde le condujo
su pasion á esa mujer?

Sabes que por sostener
el indispensable lujo
para aspirar á su amor
contrajo deudas?

LUISA. Sí; pero...

ERNESTO. Debe, no tiene dinero,
y lo busca. Es jugador.

LUISA. Cómo?...

ERNESTO. Su pérdida auguro!

LUISA. Acaso el mal no es tan grave.

ERNESTO. Es preciso que esto acabe,
y acabará, te lo juro.

LUISA. Ernesto!

ERNESTO. Seré cruel.

Sí, lo seré, no transijo.

Vé á decir á nuestro hijo

que deseo hablar con él.

LUISA. Pero...

ERNESTO. Ansío verle ya.

LUISA. El caso es que...

ERNESTO. (Con resolucion.) Di á Ricardo
que aquí impaciente le aguardo.

LUISA. Bien; se lo diré y vendrá

(Al marcharse.)

(Por evitarle un reproche
he ocultado que está fuera.

Si el pobre padre supiera
que aún no ha vuelto desde anoche...)

ESCENA VII.

ERNESTO.

Esto no puede seguir;
desde hoy no seré ya débil.
Ricardo de día en día
nos arruina y se envilece.
Usureros y acreedores
hasta aquí á buscarle vienen
con pagarés y recibos
cuyo importe cobrar quieren;
y yo tengo que escuchar
los dictérios de esa gente,
y devorar en silencio
sus amenazas soeces.
Hoy mismo el conde de Luque
ha mandado este billete,
en que reclama un dinero
que mi hijo quedó á deberle...
Esto no puede seguir,
es necesario que cese.

ESCENA VIII.

ERNESTO, RICARDO.

ERNESTO. (Él es.)

RICARDO. Padre..

ERNESTO. Por tu madre
sabrás que he querido verte.

RICARDO. No, señor.

ERNESTO. La has visto?

RICARDO. No.

ERNESTO. Pero qué es eso? Qué tienes?

Estás pálido.

RICARDO. Será

aprension de usted.

ERNESTO. No; mientes!

Esa palidez, Ricardo,
del vicio es sello indeleble.
Tú has jugado.

RICARDO. Padre!...

ERNESTO. Sí!

En vano es que me lo niegues.
Tú has jugado y has perdido.

RICARDO. Pues bien, sí!

ERNESTO. Infeliz demente!

Tiras el oro, y hay pobres
que ni pan ni lecho tienen!
Desde tu lujosa alcoba
cuando más tranquilo duermes,
no te despiertan los ayes
de la bohardilla de enfrente?
No escuchaste en tus insomnios
fervorosísimas preces?
Son los que velan y lloran!
Para ellos nunca amanece.
En la orgía de tu vida,
al rumor de tus banquetes,
cuando los platos se quiebran,
cuando las copas se vierten,
no escuchas el eco triste
de una súplica doliente,
y al llegar á tus oídos
no tiembles, no palideces?
Es la desnudez, el hambre,
que hácia tí sus brazos tienden,
y que tan sólo te piden
un hueso para roerle!
Ah! Si, yo te lo aseguro,
y mi corazón no miente;
los que juegan no han ganado
jamás el agua que beben.
Para arrojar con desprecio
el oro sobre el tapete,
el oro, que enjugaría
tantas lágrimas crueles,
es necesario olvidar
el mayor de nuestros bienes;
la limosna, hija del cielo,

que en ángeles nos convierte!
La limosna, flor divina
que en la tierra brota y crece,
y cuyo aroma purísimo
allá en los cielos se pierde!
Quién, á emplearlo en limosnas,
tirar el oro prefiere,
quien del Redentor divino
no cumple las santas leyes,
y esclavó de la materia
el espíritu envilece,
ese infeliz en el mundo
su alta misión no comprende.
Ciego y sin rumbo camina:
ni ama, ni espera, ni cree,
ni sabe para qué nace,
ni adónde va cuando muere.

RICARDO. Sí, padre; al oír á usted
que me habla Dios me parece.
Me siento regenerado
y alzo la abatida frente.
No volveré, lo prometo,
á aquel garito, mil veces
infame, donde el honor
y la fortuna se pierden.

ERNESTO. Gracias, Ricardo, y Dios haga
que cumplas lo que prometes,
porque aún no lo sabes todo:
te he hablado de los deberes
que la religión te impone;
pero no de los que tiene
un hijo para su padre
cuando le arruina la suerte.

RICARDO. Qué dice usted?

ERNESTO. Que arruinado
estoy ya completamente.

RICARDO. Cielos!

ERNESTO. Pero ántes que todo
es que tu honor limpio quede.
Tienes deudas...

RICARDO. Padre mío!

ERNESTO. Lo sé. Mira este billete

del conde de Luque. Págale,
págale lo que le debes.

(Entra en la caja, que estará cerrada, y dejará
abierta al volver.)

RICARDO. Qué vergüenza! Nada ignora,
y aún es conmigo indulgente.

ERNESTO. (Saliendo con dos cartuchos de monedas.)
Toma... ahí tienes cien doblones:

los guardé en la caja siempre
para el día en que tu hermana
se casara. No los juegues! Y
son los últimos, Ricardo.

RICARDO. No! No acepto tal presente.
Guarde usted ese dinero!

ERNESTO. Tómalo!

Nunca!

Obedece!

Vé en el acto á ver al conde
y págale.

RICARDO. Iré.

ERNESTO. Si vuelves

y la tentacion del juego
no ha conseguido vencerte,
entónces creeré, Ricardo,
que de veras te arrepientes:
y abrazaré al hijo pródigo
que Dios á mi amor devuelve.

(Váse Ricardo.)

ESCENA IX.

ERNESTO.

Pobre Carlota! Ella paga
culpas de que está inocente.
Ya no podré colocar
en el día más solemne
de su vida una diadema
que adorne su hermosa frente,
ni en su garganta un collar
que mi nombre le recuerde.

ESCENA X.

ERNESTO y GIL-PEREZ.

- GIL. Don Ernesto?..
- ERNESTO. Amigo Gil!
- GIL. Le ha visto usted ya?
- ERNESTO. Imagino
que me habla usted de su Alberto?
- GIL. Justo. Y bien, qué?
- ERNESTO. Que le he visto.
- GIL. Le habrá dicho...?
- ERNESTO. Sí, que aspira
á ser mi hijo...
- GIL. Político?
- ERNESTO. Se entiende.
- GIL. Pues! Y usted...?
- ERNESTO. Yo
he accedido gustosísimo.
- GIL. No esperaba yo otra cosa;
por que mi Alberto es un chico...
buen mozo... como su padre,
y listo... como hijo mio.
- ERNESTO. Mi hija...
- GIL. Vale un tesoro.
Yo gozo cuando la miro!
Es lo mejor de la casa
incluso usted.
- ERNESTO. Eh?
- GIL. Lo dicho.
Siempre digo lo que siento;
al pan, pan, y al vino, vino.
- ERNESTO. Es decir que usted consiente
en que se casen los chicos?
- GIL. Sí señor, tambien consiento
aunque me opuse al principio.
- ERNESTO. Se opuso usted... por qué causa?
- GIL. Porque acá, *inter nos*, amigo,
y dispense mi franqueza
porque voy á ser franquísimo,
lo que pasa en esta casa

no es nada del gusto mio.
Su esposa de usted, en vez
de ahorrar, derrocha sin tino:
Ricardo con sus locuras
les da pesares continuos;
y usted, que debiera ser
el fiel de los dos platillos
de esa balanza, y lograr
que guardasen equilibrio,
sufré usted á su mujer;
aguanta usted á su hijo;
y está usted siempre en el cero,
que es su verdadero sitio.

ERNESTO. Señor Gil-Perez...

GIL. Soy franco:
lo he dicho ya y lo repito.

ERNESTO. Mas no dice usted que aprueba
la boda de nuestros hijos?

GIL. La apruebo porque mi Alberto,
según ha poco me dijo,
le dió á Carlota palabra
de honor de ser su marido:
y lo que un Perez promete
por su honor, hay que cumplirlo.
Así no hablemos más de eso:
es asunto concluido.

Los chicos se casarán;
y tiene que ser hoy mismo,
porque me marchó á Madrid.

ERNESTO. Cuándo?

GIL. Esta tarde á las cinco.

ERNESTO. Pues qué pasa?

GIL. Es una historia...

Ofrézcame usted el sigilo
y se la diré.

ERNESTO. Ya escucho.

GIL. Hace veinte años y pico
en esta misma comarca
juntos la campaña hacíamos
el Duque de Monteverde
y yo.

ERNESTO. Ya! Era usted su amigo?

GIL. No; pero era su asistente, que es casi casi lo mismo. En el puente de Luchana le salvé: allí cayó herido y anduve con él á cuestas media legua de camino. Cuando se acabó la guerra ya era general. No quiso que me separase de él y me tomó á su servicio. Pero el hombre siempre es hombre y él cometió un pecadillo, del cual resultó...

Ya entiendo!

ERNESTO.

Un ángel...

GIL.

Vamos, un niño.

ERNESTO.

GIL.

Justo: un niño, sólo que era del género femenino. Estando el duque casado no pudo tener consigo á la niña; y resolvió criarla de tapadillo. Yo la traje á estas montañas... y pasó el tiempo, y fué preciso darle educacion: por eso la llevé á Francia yo mismo; y allí ha estado en un colegio hasta hace un mes que ha venido. Mas como el padre es ya viudo y es general y es ministro, quiere tenerla á su lado; y hasta le ha buscado un título. De manera que Sofia, el fruto de un extravío, es ya condesa y bien pronto será de la corte el ídolo; porque la chica es un sol; pero entre tanto me olvido de que hoy es dia de arqueología.

ERNESTO.

Ya están corrientes los libros y abierta la caja.

GIL.

Vamos?

ERNESTO. Para todo, amigo mío,
hay tiempo. Antes á Carlota
dé usted el abrazo, símbolo
de la union de ambas familias.

GIL. Lo haré con gusto infinito;
y despues... ya sabe usted
que yo me marchó á las cinco.

ERNESTO. Si ya lo sé. Vamos?

GIL.

Vamos.

Y en cuatro minutos... listos.

(Váanse por la primera puerta izquierda.)

ESCENA XI.

RICARDO y ALBERTO.

ALBERTO. Ea! da tregua al dolor.

Ya el mal menor no ha de ser.

RICARDO. Perder! Ah! Siempre perder!

ALBERTO. Valor, Ricardo! Valor!

Eran cien doblones?

RICARDO.

Sí.

Hice muy mal en tomarlos,
yo prometí no jugarlos;
y los jugué y los perdí.

ALBERTO. Porque expusiste al azar

esa suma, tú tan ducho?...

RICARDO. No cubría, ni con mucho,

lo que tengo que pagar.

ALBERTO. Ser á tu palabra infiel!...

RICARDO. No hay disculpa que me cuadre.

Qué es lo que diré á mi padre

cuando me presente á él?

ALBERTO. Seguro puedes estar

de conseguir su perdon.

RICARDO. Alberto, esta situacion

no se puede prolongar.

ALBERTO. Yo soy pobre; y no sé el modo

de buscar...

RICARDO.

Cómo? . . Por dónde?...

Ayer jugué contra el conde

de Luque... lo perdí todo.

Entonces mi frenesí

no halló límite... jugué
sobre mi palabra...

ALBERTO. Y qué?

RICARDO. Que como siempre perdí.
Una deuda de honor!

ALBERTO. Pero...

RICARDO. Hoy pagarla necesito.
Esta mañana me ha escrito
reclamándome el dinero.

ALBERTO. Y no espera á que mejores
de suerte?

RICARDO. Ha de cobrar hoy.
Y no es sólo el conde: estoy
abrumado de acreedores.
Mas verás cómo respiro
libre al fin de tanto asedio.

ALBERTO. Y cómo?

RICARDO. Me queda un medio.

ALBERTO. Cuál?

RICARDO. El de pegarme un tiro.

ALBERTO. Ricardo!

RICARDO. Viendo mi suerte
ayer matado me habría;
pero recordé á Sofia
y tuve miedo á la muerte.

ALBERTO. La amas?

RICARDO. Con loca pasion!

Y el temor mi labio sella.
Ni aun he conseguido de ella
que fije en mí su atencion.
Y el conde de Luque es
fiel amigo de Sofia!
Por eso este mismo dia
tengo en pagarle interés.

ALBERTO. Bien hecho. No se me esconde
tu conflicto.

RICARDO. Lo ves ya?

ESCENA XII.

DICHOS, UN CRIADO con librea.

CRIADO. Señor...

- RICARDO. (Ap. á Alberto.) Alberto, ahí está...
ALBERTO. Quién?
RICARDO. (id.) El criado del conde.
CRIADO. Traje una carta...
RICARDO. Ya sé.
CRIADO. Y la respuesta reclamo.
RICARDO. Está bien... dile á tu amo
que mañana le daré
lo que en su carta pedía.
CRIADO. Voy con la respuesta esa
á casa de la condesa...
RICARDO. De la condesa Sofia?
CRIADO. Hoy parte á Madrid...
RICARDO. (Tambien
faltaba este golpe ya!)
CRIADO. Y por eso el conde va
á despedirla hasta el tren.
RICARDO. (Se ausenta!)
CRIADO. Pues voy...
RICARDO. (Vivamente.) Espera!
Hay que pagar. (Ap. á Alberto.)
ALBERTO. Y qué hacer?
RICARDO. (id.) No sé; pero es menester
pagar.—Aguarda allá fuera.
(Al Criado que se va.)
Ya oiste... El conde está allí...
ALBERTO. En efecto, el caso es grave.
RICARDO. Lo dirá todo... Dios sabe
lo que se hablará de mí.
Por un puñado de oro
le voy á servir de artículo
de mofa! Estaré en ridiculo
ante la mujer que adoro!
No! Nunca! Morir primero!
ALBERTO. Calma!
RICARDO. (Ah!)
(Reparando en la caja, que está abierta.)
ALBERTO. (Me hace temblar.)
RICARDO. Espera!... Le voy á dar
ahora mismo su dinero.
(Entra en la caja.)
ALBERTO. Bah! Si tiene, á qué se abate?

Por él quisiera ser rico.
Mucho temo que este chico
haga al fin un disparate.

RICARDO. (Sale desenchajado con un puñado de oro en la mano que da á Alberto.)

Toma y paga lo primero
con este dinero al conde.

ALBERTO. Pero, Ricardo, de dónde
te ha venido ese dinero?

RICARDO. Toma

ALBERTO. (Aquí una duda escondida...)

Tu contestacion aguarda.

RICARDO. Qué te importa á ti?

ALBERTO. Ricardo!...

RICARDO. Toma y paga... yo respondo.

ALBERTO. Pero...

RICARDO. Vé y mi ansiedad calma!

Corre!...

ALBERTO. Mas dime siquiera...

RICARDO. Como si de ello pendiera
la salvacion de tu alma! (Vase Alberto.)

ESCENA XIII.

RICARDO, luego LUISA.

RICARDO. Encontré la caja abierta,
y como un ladrón entré...

—Álguen viene!... Cerraré
esta acusadora puerta.

(Cierra de un golpe la puerta de la caja.)

LUISA. Hijo!... Al fin te logro ver?

RICARDO. Madre mia!

LUISA. Tarde vienes.

Y esa emocion... dí: qué tienes?

RICARDO. Yo?... nada... qué he de tener?

LUISA. Está tu voz alterada...
tiembblas... Tienes fiebre?

RICARDO. Yo?

LUISA. Llamaré al médico.

RICARDO. No.

LUISA. Pero...

RICARDO. Si no tengo nada!
LUISA. Qué afanes tu pecho oprimen?

RICARDO. Á mí?...

LUISA. Dímelo al instante!

RICARDO. Ninguno... (Es que en el semblante
llevo retratado el crimen.)

LUISA. Tú ocultas algun pesar.

RICARDO. Mi padre viene hácia aquí!...

LUISA. Por Dios! Serénate!...

RICARDO. Sí!

Que no me vea temblar.

ESCENA XIV.

DICHOS, ERNESTO, GIL-PEREZ, ALBERTO y CARLOTA.

GIL. Ea! Tregua ya al placer
de los goces paternales.

ERNESTO. Cierito: á asuntos más formales
nos llama nuestro deber.

GIL. Vamos?...

ERNESTO. Cuando á usted le cuadre.

(Entran ambos en la caja.)

RICARDO. (Dónde han ido?)

CARLOTA. (Á Ricardo.) Nunca he sido
feliz cual hoy!

RICARDO. (Sin atender á ella y con la vista fija en la caja.)

Dónde han ido?

ALBERTO. Quiénes?

RICARDO. Tu padre y mi padre.

ALBERTO. No sé...

CARLOTA. Han entrado los dos

en la caja, segun creo.

Como hoy es día de arqueo...

RICARDO. (Y yo lo olvidé!.. Gran Dios!)

CARLOTA. Qué te pasa?

LUISA. (Acercándose á él.) Hijo querido!

Tu faz está demudada!...

RICARDO. (Intentando en vano dominar su turbacion.)

No es nada, madre... no es nada...

un pasajero vahido...

LUISA. Ay! Cuándo cambiarás, cuando,

de vida?

RICARDO. (Tormento impío!)

LUISA. Te estás matando, hijo mio!

CARLOTA. (Á Alberto.) Es verdad: se está matando.

ALBERTO. Puede que al fin se convenza..

RICARDO. (Todo se va á descubrir;

y yo voy aquí á morir

de dolor y de vergüenza!)

GIL. (Dentro.) Socorro! Un médico!

ALBERTO. (Corriendo á la habitacion de la caja.) Oh!

LUISA. Qué es eso? (Á Gil-Perez, que sale.)

GIL. Que Dios nos hiere...

Que don Ernesto se muere...

CARLOTA. (Precipitándose á la habitacion.)

Padre mio!

(Va Luisa tambien á dirigirse á donde está su marido y Gil Perez la detiene.)

GIL. No! Usted no!

(Ricardo, presa de distintas emociones, hace intencion, primero de ir en socorro de su padre, despues se detiene é invoca al cielo en su desesperacion. Esto pertenece al actor.)

ESCENA XV.

LUISA, RICARDO y GIL-PEREZ.

GIL. (Á Luisa.) Tenemos que hablar ahora.

LUISA. Qué sucede? Y mi marido?

GIL. Allí... allí está sin sentido!

RICARDO. (Cielos!)

LUISA. Ah! (Queriendo dirigirse allá.)

GIL. Quieta, señora!

LUISA. Ernesto?...

GIL. Ha experimentado

un golpe de los más rudos.

Faltan cuatro mil escudos

en la caja del Estado.

LUISA. Gran Dios!

GIL. Esto es lo que pasa.

LUISA. Cuatro mil escudos!

GIL. Sí.

- LUISA. Pero...
- GIL. El robo se hizo aquí.
- LUISA. Cómo?...
- GIL. El ladrón está en casa.
- RICARDO. (Ah!)
- GIL. (Á Luisa.) Se ha turbado usted?... Oh!
Quien es la culpable infiero.
- LUISA. Qué?... (Horrorizada de comprender la idea.)
- RICARDO. Miente usted, caballero!
- GIL. Cómo!...
- RICARDO. El culpable soy yo.
- LUISA. Desgraciado!
- GIL. De manera
que con infame codicia...
- RICARDO. Yo soy... yo! Que la justicia
haga de mí lo que quiera.
- GIL. Aquí estoy de más... me ausento.
La alianza de Carlota
con mi hijo queda rota
desde este mismo momento
Quien honrado y sin borron
lleva mi nombre do quier,
no debe, no puede ser
el hermano de un ladrón.
- RICARDO. (Queriendo lanzarse á él y deteniéndose instantáneamente.)
Ah! (Transicion.) No! Usted mi afrenta labra...
Déme el nombre que le cuadre.
- GIL. El que ha robado á su padre...
- RICARDO. Bien merece esa palabra.
- GIL. Mal sienta el rubor tardío
tras un crimen tan bastardo.
- RICARDO. Perdon! (Dirigiéndose á su madre.)
- LUISA. Infeliz!
- ERNESTO. (Saliendo apoyado en Carlota y Alberto.)
Ricardo!...
- RICARDO. Piedad! Perdon, padre mio!
(Ernesto hace seña á los demas personajes de que se alejen y queda solo con Ricardo.)

ESCENA XVI.

RICARDO y ERNESTO.

ERNESTO. Ven!... Mírame, desgraciado!

RICARDO. No! La vergüenza me humilla.

ERNESTO. Te dí un nombre sin mancilla;
y tú... tú le has deshonrado!

RICARDO. Ay! Con mi sangre quisiera
tan negro crimen borrar.

ERNESTO. Vela un padre sin cesar,
consagra su vida entera
á aquel que lleva su nombre,
la prenda de su cariño;
y á su sombra, el débil niño
crece y se transforma en hombre.

Entónces, ya en el dintel
de la tumba, el pobre anciano
tiende su cansada mano
buscando un apoyo en él...

De sus cuidados prolijos
recoger el fruto piensa!...
y hé aquí la recompensa!
Ingratos, ingratos hijos!

RICARDO. Señor!...

ERNESTO. Aparta!

RICARDO. Señor!

ERNESTO. Tú has logrado, á mi pesar,
que no te pueda mirar
sin vergüenza y sin horror.

RICARDO. Padre!..

ERNESTO. Con razon bastante
lanzar debo al hijo impío...
Mi...

RICARDO. —Ah! eso no! Padre mio!...

ERNESTO. Vas á partir al instante.

RICARDO. Partir!...

ERNESTO. Para siempre... sí!

RICARDO. Señor!...

ERNESTO. Partirás, te digo.

RICARDO. Y usted?

ERNESTO. Sufiré el castigo

reservado para ti.

RICARDO. No! Es preciso que yo hable...
que diga públicamente
que usted, padre, es inocente
y que yo soy el culpable.

ERNESTO. Ese castigo no es
el que más bien nos reporta.

RICARDO. Lo haré.

ERNESTO. Y despues?

RICARDO. Nada importa.

ERNESTO. Y despues? Qué harás despues?

RICARDO. Matarme sin vacilar!

ERNESTO. Matarte!

RICARDO. Matarme, sí.

ERNESTO. Desventurado! Hé ahí
lo que yo quiero evitar.

RICARDO. No podré sobrevivir
al hondo pesar que siento.

ERNESTO. Dí!... Y el arrepentimiento?

Es necesario vivir!...

luchar con afan profundo!

Es necesario, Ricardo,

que llegue un dia—lo aguardo—

en que le digas al mundo:

una ambicion desmedida,

un loco, insensato amor

me perdieron; y mi honor

me acompañó en mi caída.

Entónces, desesperado,

busqué el olvido en la muerte;

pero morir de esa suerte

era morir deshonorado.

Dudé y triunfé de la duda.

Ay del que á ella se abandona!

Invocé al Dios que perdona;

y Dios me prestó su ayuda.

Como nuncios de bonanza

me infundieron nuevo aliento

la fé, el arrepentimiento

y el ángel de la esperanza.

Y con tan dulce sosten

se remontó el criminal

de los abismos del mal
á las regiones del bien.

Vedle al fin arrepentido!

Vedle otra vez hombre honrado!

Más fuerte, porque ha luchado!

Más grande, porque ha vencido!

RICARDO. Oh! Sí: de ese anhelo en pos
iré por senda de abrojos;
porque eso es grande á los ojos
de los hombres y de Dios.

Pero á partir no me obligo.

ERNESTO. Yo lo mando; yo lo quiero.

RICARDO. Mio fué el crimen...

ERNESTO. Si; pero...

RICARDO. Caiga sobre mi el castigo.

No sobre usted!

ERNESTO. De vivir

me siento ya fatigado.

RICARDO. Padre!

ERNESTO. Yo soy el pasado

y tú eres el porvenir.

Vive, pues, y lucha.

RICARDO. Ah!

ERNESTO. Lucha, aunque á tu afán no cuadre!

Si vences... tu pobre padre

habrá sucumbido ya:

(Cada vez con voz más débil.)

RICARDO. Oh!

ERNESTO. Pero hay otra mansion
inmortal... que es la que anhelo...

RICARDO. Padre mio! (Viéndole desfallecer.)

ERNESTO. Desde el cielo

te enviaré mi perdon.

(Cae desvanecido sobre un sillón.)

RICARDO. Gran Dios! Socorro! Está helado!...

Y soy yo, yo, el hijo impio...

ESCENA XVII.

DICHOS, LUISA y CARLOTA, luégo GIL-PÉREZ y ALBERTO.

LAS DOS. Ah! (Viéndole reclinado.)

RICARDO. Socorredle!

LAS DOS.

Dios mío!

RICARDO. Yo soy el que le ha matado!

CARLOTA. Padre! (Llamándole cariñosamente.)

LUISA. Volviendo en sí va.

GIL. Todavía aquí este hombre? (Por Ricardo.)

RICARDO. Es que mi padre...

GIL. Ese nombre

no debe invocarlo ya.

Ningun vínculo les une.

RICARDO. Por piedad oiga usted!...

GIL. No!

RICARDO. Mi padre quiere que yo
de ese crimen quede impune.

GIL. Debe hacerse lo que él quiera.

RICARDO. Inútil es que le arguya...

Quiere que yo parta y huya

del castigo que me espera.

Usted, pese á la amistad,

no debe encubrirme así...

Denúncieme usted!

GIL. Yo?...

RICARDO. Si!

GIL. No soy esbirro.

LUISA. Piedad!

GIL. (Soy cruel... los desengaños
vuelven á los hombres rudos.)

(Se acerca á Carlota, la toma una mano y la da
una cartera, diciéndola:)

Ten diez mil... y cien escudos...

mis ahorros de diez años. (Mirando á Luisa.)

—No disipa el que trabaja...

guarda para el porvenir.

—Cuatro mil para cubrir

el desfaldo de la caja.

LUISA. Alma noble!

GIL. Que el dolor

no mate á ese pobre anciano.

Si una sacrilega mano

le robó dicha y honor,

por tí, con la paz del alma

vuelva á alzar la altiva frente.

Sea tu mano inocente

la que le vuelva la calma.

ERNESTO. Amigo mio! (Esforzándose para dirigirse á él.)

GIL. Esto agota

mi caudal... yo no era rico.

Te quedan seis mil... y un pico;

serán tu dote, Carlota.

Los dos me quereis... sois buenos...

Velad por mí!

ALBERTO. Sí, á fe mia!

GIL. Porque os dí cuanto tenía.

CARLOTA. Ah! Señor!...

GIL. Ni más ni ménos.

ERNESTO. Cómo pagarle no sé.

GIL. De esto no se hable más ya.

LUISA. Oh! Gracias!

GIL. Él partirá?

RICARDO. Padre mio!...

(Suplicante. Ernesto le mira fijamente, adelantándose hácia él con lentitud. Despues le indica con la mano que obedezca.)

Partiré.

(Pasa por delante de Alberto, que está más al fondo y que le estrecha silenciosamente la mano. Ricardo abraza á su hermana y luégo á su madre, que se lanza á él reprimiendo sus sollozos. En seguida se acerca á Gil, que está solo á un lado; le mira con ademan suplicante, y tendiéndole la mano dice:)

La mano?...

GIL. (Impasible.) No!

LUISA. (Hijo querido!)

RICARDO. Padre de mi corazon!...

(Intenta abrazarle, y Ernesto le rechaza suavemente volviéndole un tanto la espalda; entónces

Ricardo se arrodilla diciéndole:)

Deme usted su bendicion!

ERNESTO. Cuando la hayas merecido.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Una antecámara lujosa: en el fondo dos puertas, á través de las cuales se apercibe la iluminación de otras habitaciones que preceden al salon de baile. Á la derecha el despacho del ministro; á la izquierda el gabinete de Sofía. Una mesa con escribanía, etc., etc.

ESCENA PRIMERA.

ADOLFO y la CONDESA, que llegan por el fondo. CARLOS y BENEDETTI, siguiéndoles con precaucion. Los tres primeros en traje de baile.

CONDESA. Gracias, Adolfo, mil gracias!

ADOLFO. Yo soy quien dárselas debe.

CONDESA. Diga usted al general que estoy en mi gabinete...

ADOLFO. Voy á decirselo al punto.

CONDESA. Y que desearía verle.

(Entra ella en la habitacion de la izquierda, y él en la derecha.)

CARLOS. Deja que en tí desahogue mis quejas, en tí que eres la flor de los mayordomos.

BENED. Sí tal; y de los más fieles.

CARLOS. No es verdad que esto es atroz, mi querido Benedetti?

- BENED. Vaya si lo es!
CARLOS. Un simple escritor de mala muerte, que porque dió á luz un libro sobre el derecho de gentes, bastó para que mi padre su secretario lo hiciese...
BENED. Un advenedizo!
CARLOS. Un quidan.
BENED. Un intruso...
CARLOS. Un mequetrefe bailar con la que yo adoro!
BENED. Cantar con ella dos veces!
CARLOS. Y le hará el amor!
BENED. Quién sabe?...
CARLOS. Toma! Como si lo viese.
BENED. Á una condesa!
CARLOS. Á la ahijada del duque de Monteverde.
BENED. Presidente del Consejo de ministros!
CARLOS. Y teniente general!
BENED. Que en la otra guerra civil supo hacerse célebre!
CARLOS. Pues bien, le ha sorbido el seso...
BENED. El señor Adolfo Tellez.
CARLOS. Como que el duque, mi padre, no hace más que lo que él quiere. Él redacta los decretos...
BENED. Y hace proyectos de leyes...
CARLOS. Ya aumentó los tribunales...
BENED. Reformó los aranceles...
CARLOS. Quitó las casas de juego...
BENED. Hasta hizo subir los treses!...
CARLOS. Y todo sin dar la cara.
BENED. Así... subrepticamente.
CARLOS. Como que es el consejero áulico del gabinete, y hace ya cinco ó seis años que manda aquí como jefe!
BENED. Sin posicion oficial.

- CARLOS. Mi padre pretendió hacerle
varias veces diputado;
y él se ha resistido siempre.
- BENED. Una cosa que es tan fácil!
- CARLOS. Pues por eso no la quiere;
y muestra gran repugnancia
á que su apellido suene.
- BENED. Y quién dice que eso mismo
algun misterio no encierre?
- CARLOS. La verdad es que él se atrae
el cariño de las gentes.
- BENED. Es afable...
- CARLOS. Y probo!
- BENED. Y listo.
- CARLOS. Y vive modestamente.
- BENED. Y como todo lo invade ..
- CARLOS. Eso sí, en todo se mete.
Con la condesa Sofía
habla de moral, de higiene...
- BENED. Sí señor; y hasta de música,
que es lo que á mí más me ofende.
- CARLOS. Como que es universal.
- BENED. No tanto.
- CARLOS. De todo entiende.
- BENED. Sí? Pues yo le desafío
á que toque el clarinete.
- CARLOS. Haces mal... porque lo toca.
- BENED. De veras?
- CARLOS. Perfectamente!
- BENED. Lo que es el violon...
- CARLOS. Tambien.
- BENED. En eso sí que no puede
aventajarme, de fijo!
Lo toco continuamente...
- CARLOS. Lo que á mí me mortifica
es la influencia que ejerce
con mi padre y con Sofía:
con ella principalmente.
- BENED. Pero la condesa...
- CARLOS. Sólo
pagó mi amor con desdenes.
Si él acaso es mi rival,

si ella en silencio le quiere,
juro vengarme de un modo
que eterna memoria deje.

BENED. Pero cómo?
CARLOS. Ese es el *quid*.
BENED. Yo sé que él, cada dos meses,
recibe carta de Irún.
CARLOS. Pues de allí es precisamente
la nodriza de Sofia.
BENED. Entónces no será estéril
mi interrogatorio. Voy
á hablarla inmediatamente.
(Váse precipitadamente por el fondo derecha.)

ESCENA II.

CARLOS.

Será en balde. Esa mujer
habla á todos en vascuence;
y los datos que él adquiriera
escaso fruto dar pueden.
No obstante, un odio instintivo
de mi corazón, me advierte
que ese Adolfo es mi rival,
y que Sofia le quiere.
Si mis sospechas confirmo,
si arrebatarle él pretende
la dicha que el alma mia
ha soñado únicamente,
el odio que ya me inspira
ha de ser un odio á muerte.
—Sofia?... No me responde.
Es preciso que me enteré...
Prefiero á esta horrible duda
el desengaño mil veces.

ESCENA III.

CARLOS, BENEDETTI.

BENED. Ya sé toda la verdad.

- CARLOS. Cómo has podido saber?...
BENED. Interrogué á esa mujer
con una oportunidad!...
De su altura él se desliza
por farsante y embustero.
Sé su nombre verdadero,
me lo ha dicho la nodriza.
CARLOS. Qué oigo!
BENED. Cayó en nuestras manos!
CARLOS. Al fin la revancha tomo!
Venganza!
BENED. *Vendetta!*... Como
decimos los italianos.
No le ha de valer el arte.
CARLOS. Saldrá de Madrid confuso!
BENED. Sí, que se vaya ese intruso
con la música á otra parte.
CARLOS. De obstáculo á mi pasión
no servirá el insolente.
BENED. Y yo seré únicamente
quien aquí toque el violon.
CARLOS. Chist!... quien mucho la voz alza...
(Este salón es acústico.)
BENED. Calla! Un provinciano! (Viendo llegar á Gil.)
CARLOS. Un rústico!

ESCENA IV.

DICHOS, GIL-PEREZ.

- GIL. El mismo que viste y calza.
BENED. (Sin hacerle caso y dirigiéndose á Carlos ap.)
(Ya por dicha conseguí
apelando á un buen registro
hundir al otro.)
GIL. El ministro?...
BENED. Quién es? Qué busca usted aquí? (Desabrido.)
GIL. Mi respuesta será corta
cual la pregunta lo fué.
Busco... lo que yo me sé.
Y soy... lo que no le importa.
BENED. Brava salida!

- GIL. Y derecha.
- CARLOS. Tosco es el viejo!
- GIL. No es tacha.
- BENED. Esa facha...
- GIL. Es una facha correspondiente á la fecha.
- BENED. Habla usted así...
- GIL. Por capricho.
- Yo estoy con la córte en guerra.
- CARLOS. Usted será...
- GIL. De mi tierra.
- BENED. Ya!
- GIL. De Irun.
- BENED. (Á un tiempo.) De Irun?
- CARLOS. Lo dicho.
- GIL. Conque es usted de Irun?
- CARLOS. Pues!
- GIL. Porque así lo quiso Dios.
- CARLOS. De Irun!...
- GIL. Cabal. (Y van dos.)
- BENED. De Irun!...
- GIL. (Qué posma! Y van tres.)
- BENED. Oh! Siendo así...
- CARLOS. De ese modo...
- BENED. Amigo mio!...
- GIL. Su amigo?
- BENED. Cuente conmigo..
- CARLOS. Y conmigo.
- BENED. Para todo.
- CARLOS. Para todo.
- BENED. Enojarse no debí.
- GIL. Á mí nada hay que me asombre.
- BENED. Bien se ve que es usted un hombre...
- GIL. Cierto, desde que nació.
- BENED. Á veces yo me confundo,
mas luégo... cuando reparo...
Y usted vive en Irun?
- GIL. Claro!
- BENED. Trata usted allí?...
- GIL. Á todo el mundo.
- BENED. Y conocerá usted... pues!

- á Ricardo Vargas?
GIL. Yo?...
No por cierto.
CARLOS. No?
BENED. No?
GIL. No!
BENED. De veras?
GIL. No sé quién es.
CARLOS. Pues aquí le rinden culto...
BENED. Pero ha tomado otro nombre.
CARLOS. Y eso es sospechoso.
BENED. Ese hombre
tendrá algun borron oculto...
GIL. Y á mí qué?
BENED. Hable usted!...
CARLOS. Qué cuesta?...
GIL. Su nombre jamás oí.
BENED. Yo apostaría á que sí.
GIL. Pues perdería la apuesta.
BENED. Debe ser tenaz. (Ap. á Carlos.)
CARLOS. No poco.
BENED. (td.) Toquemos otro registro.
GIL. Se podrá ver al ministro?
BENED. Yo no sé... (Con desdenosa frialdad.)
CARLOS. Ni yo tampoco. (td.)
BENED. Abur, moderno dandy! (Burlándose.)
GIL. (Si llevo á echarle la garra!...)
CARLOS. Abur, el de la zamarra!
GIL. (Se están burlando de mí!)
CARLOS. Já! já! (Al marcharse.)
BENED. (td.) Já! já!

ESCENA V.

GIL-PEREZ, luego ADOLFO.

- GIL. Vaya un par!
De su risa oigo los ecos.
Si cojo á esos dos muñecos
no tengo para empezar.
ADOLFO. (Entra sin reparar en Gil-Perez.)
Dos meses que no me escribe
mi pobre hermana Carlota!...

Esto mi valor agota.
No sé si mi padre aun vive.
Su perdón es la merced
que implorando al cielo ansío.
Ah! Es usted, amigo mío? (Viendo á Gil.)

GIL. Yo no le conozco á usted.

ADOLFO. Oh! Calme usted mi ansiedad!
Mi padre vive, no es cierto?
Dígame usted que no ha muerto!
Dígalo usted por piedad!

GIL. No sé...

ADOLFO. Á sus penas amargas
resistió, no es verdad?... Pero
responda usted, caballero!

GIL. Se trata del señor Vargas?

ADOLFO. Mi padre!

GIL. Pobre señor!

Al recordarlo me aflijo
Tuvo un hijo... Sí! un mal hijo
que le arrebató el honor.
Desde entónces, en aumento
fué su dolor cada día.
Sin ser viejo todavía
le encaneció el sufrimiento.

ADOLFO. Tal vez habrá muerto ya
sin encontrarme á su lado,
sin haberme perdonado,
maldiciéndome quizá!...
Partir debo... y partiré.
—Obtendré el perdón que anhelo?

GIL. No lo sé.

ADOLFO. En nombre del cielo!

GIL. No lo sé.

ADOLFO. Yo sí lo sé.

El hombre lleva consigo
de Dios la justicia inmensa;
si es bueno, la recompensa;
si es malo, el digno castigo.
Del fondo del alma en calma
siempre irradia una luz pura,
que le guía en su ventura
ó que devora su alma.

Crisol de la inteligencia,
no se agita en rumbo vario;
porque arde en el santuario
sereno de la conciencia.

Y aunque el alma, al torpe anhelo
de las pasiones oscila,
esa luz brilla tranquila

y eleva su llama al cielo.
Tal es, que á su resplandor,

el justo y el criminal
distinguen el bien del mal
y la verdad del error.

Cuando á mí de la inocencia

me guió el radiante faro,

dichoso me vi en el claro

espejo de mi conciencia.

Y hoy, aunque en lucha incesante

cerrar los ojos intento,

á su luz constantemente

veo mi crimen delante.

En vano es cuanto yo haga

por huir de ella cobarde;

esa llama siempre arde;

esa luz nunca se apaga.

Y en esta lucha suprema

busco trégua inútilmente;

que el crimen selló mi frente

con su terrible anatema.

Yo cruzo, sin que el horror

de mi eterna duda venza,

la noche de la vergüenza

y el vacío del dolor!

Y aunque el recuerdo taladre

las fibras que hay en mi pecho,

una voz grita: «qué has hecho

de la honra de tu padre?»

GIL. Justo premio el cielo da

á quien la virtud abona.

ADOLFO. Mi padre no me perdona!...

Dios no me perdonará.

GIL. Forzoso es que le recuerde,
ya que usted se expresa así,

que he venido á ver aquí
al duque de Monteverde.

ADOLFO. El ministro no da audiencia.

GIL. Usted es...

ADOLFO. Su secretario.

GIL. Entónces si es necesario,
diga usted á su excelencia,
que aquí Gil-Perez está.

ADOLFO. Le conoce á usted?

GIL. Bastante;
y no dudo que al instante
en verme consentirá.

Dígale usted que he venido
con la persona que él sabe.

(Entra Adolfo en el despacho de la derecha.)

Que ignore Ricardo el grave
asunto que me ha traído.

ADOLFO. Pase usted, (Solo ya.) Ah! negra estrella

es la que mis pasos guía.

Hácia aquí vuelve Sofía...

necesito hablar con ella.

ESCENA VI.

ADOLFO, SOFÍA.

SOFIA. Adolfo?...

ADOLFO. (Resolucion!

Romper sus amantes lazos
debo, aunque salte en pedazos
deshecho mi corazon.)

SOFIA. Estás pálido.

ADOLFO. Sofía!...

SOFIA. Qué tienes, Adolfo?

ADOLFO. Pienso

en el sacrificio inmenso
que hoy impongo al alma mia.

SOFIA. Qué sacrificio?

ADOLFO. De hoy más

debo alejarme de aquí.

SOFIA. Alejarte de aquí?...

ADOLFO. Sí!

- Para no volver jamás.
- SOFIA. Tienes mi dicha en tan poco?
- ADOLFO. Olvido de tí reclamo.
- SOFIA. No me amas!
- ADOLFO. Que no te amo!
Y te adoro como un loco!
Con ardiente frenesi!...
Con el amor más profundo!...
Sin tí no habría en el mundo
felicidad para mí.
- SOFIA. Si este amor tu dicha labra,
quién puede impedirlo?
- ADOLFO. Oh!
- SOFIA. Te dí mi palabra; y yo
nunca faltó á mi palabra.
- ADOLFO. Mi conciencia me remuerde
y ya de aspirar me priva
á la noble hija adoptiva
del duque de Monteverde.
- SOFIA. Escucha, Adolfo! Mi infancia
tan feliz como inocente,
resbaló tranquilamente
en un rincón de la Francia.
Sola en el mundo, una mano
invisible protegía
mi triste orfandad. Un día
me llamó ese noble anciano.
- ADOLFO. El ministro!
- SOFIA. Mientras viva
amarle será mi norte.
Él me presentó en la córte
como su hija adoptiva.
Desde entónces, fiel amigo,
me hace vivir á su lado.
No hubiera un padre mostrado
mayor ternura conmigo.
Pero me ofreciste un día
la fe de tu corazón,
y te amé con la pasión
que atesora el alma mía.
Y si él quiere que traidora
olvide y quebrante así

la palabra que te di
y que vuelvo á darte ahora,
yo, fiel siempre á mi promesa,
gustosa renunciaré
á mi dote, y romperé
el título de condesa
para ser tuya.

ADOLFO. ¡Dios mío!

SOFIA. No deseo mejor boda
Ser tu esposa!... Hé aquí toda
la felicidad que ansío.

ADOLFO. Aunque mi amor es sincero,
aún ignorás mi pasado.

SOFIA. Ni tu historia me has contado,
ni preguntártela quiero.

Bien mereces mi amor, sí!
Mi orgullo me lo asegura.

Puedo yo amar por ventura
á un hombre indigno de mí?

ADOLFO. Mi pasado es quizá horrible!

SOFIA. Qué me importa?

ADOLFO. Y si es infame?

SOFIA. Para que yo no te ame,
me dices un imposible.

ADOLFO. (Tal lucha nunca sufrí.)

SOFIA. No esperes que mi amor cese.

ADOLFO. Ah! Quieres que yo confiese
que soy indigno de tí?
Ten de mi dolor piedad!

SOFIA. Yo no acierto á comprender.

ADOLFO. Pues bien, ya que es menester
que te diga la verdad,
que mi corazón te abra,
sabe... Ah! no!

SOFIA. Dilo sin miedo.

ADOLFO. Sabe que soy un... —No puedo
pronunciar esa palabra.
(Yo de mi decoro en mengua
hice del crimen alarde;
y ahora el corazón cobarde
pone un candado á mi lengua.)
—Sabrás la verdad entera

- (origen de mi tormento.)
- SOFIA. Adolfo!...
- ADOLFO. (Sentándose á escribir.) Un solo momento!
- SOFIA. Qué intentas hacer?
- ADOLFO. Espera!
(Valor!) (Mientras escribe.)
- SOFIA. (Por qué de tal suerte
el corazon me palpita?)
- ADOLFO. (Levantándose y dándole un papel.)
En ese papel escrita
va mi sentencia de muerte.
- SOFIA. Nada habrá que mi amor venza!
(Disponiéndose á leerle.)
- ADOLFO. Lee... No! Aquí no; Sofía!
Entonces me moriré
de dolor y de vergüenza.
- SOFIA. Adios, pues! (Se retira lentamente.)
- ADOLFO. ¡(Abro en verdad
un abismo entre los dos.
Adios para siempre, adios,
sueños de felicidad!
Ya nada me queda, nada!
Mi última esperanza ha muerto.
(Arrodillándose.)
Padre, no es cierto, no es cierto,
que mi culpa está expiada?)
- SOFIA. (Acercándose.)
Tu frente, bajo el rubor
de una gran falta se inclina;
mas la clemencia divina
es grande... como mi amor!

ESCENA VII.

DICHOS, BENEDETTI.

- ADOLFO. Gracias, Sofía, por esa
tierna compasion!
- BENED. (En segundo término.) (Canario!
El galante secretario
á los piés de la condesa!)
- SOFIA. Adolfo!...

- (Tendiéndole la mano, que Adolfo besa.)
BENED. (Y le da la mano!...
Y se la besa!... Bien va!
Descubrí el juego.) (Tosiendo.) Ejem!...
SOFIA. (Volviéndose.) Ah!...
ADOLFO. (El maldecido italiano!)
(Id. y levantándose.)
BENED. Si la plática empezada
indiscreto interrumpí,
no se haga caso de mí;
yo no me asusto de nada.
SOFIA. No hay de qué. (Con altiva dignidad.)
BENED. Ni por asomo!
Ningun fraude aquí se esconde.
(Voy á decírselo al conde.) (Váse saludando.)
SOFIA. Le temo á ese mayordomo.
ADOLFO. Voy tras él. En tu opinion,
que como el sol brillar debe,
no quiero que ahora se cebe
esa lengua de escorpion. (Váse.)

ESCENA VIII.

SOFÍA.

Si una falta del pasado
echó en su nombre un baldon,
seis años de expiacion
deben haberlo borrado.
Dios manda perdonar, sí!
Y yo, en tu nombre, Dios mio,
de su pasado extravió
el dulce perdon le dí.
Que cuanto al bien encamina
y del mal borra la ofensa,
debe ser grato á la inmensa
misericordia divina.

ESCENA IX.

SOFÍA, GIL-PEREZ.

GIL. Sofía?... (De su alegría

- ahora voy á ser testigo.)
- SOFIA. Gil-Perez! Mi buen amigo!
- GIL. Tu buen amigo, Sofia.
- SOFIA. Bien puedo decirlo!... Sí.
- GIL. Como que en tu tierna Infancia
—antes de educarte en Francia—
fuiste confiada á mí.
Con cariño paternal
serví á tu niñez de escudo;
mas cuando quedó viudo
el anciano general,
me mandó sin dilacion
que á sus brazos te llevara;
y tú has sido la más cara
prenda de su corazon.
- SOFIA. Su bondad y amor prolijo
forman mi mayor encanto.
—Así no me amára tanto
el conde Cárlos, su hijo.
- GIL. Te ama!...
- SOFIA. Y yo su loco empeño
rechacé.
- GIL. Sí?
- SOFIA. Con desden.
- GIL. En eso hiciste muy bien;
era un imposible, un sueño.
- SOFIA. Á otro mi cariño dí.
- GIL. Á quién?
- SOFIA. (Con timidez.) Ricardo es su nombre.
- GIL. Y sabes tú si ese hombre
puede ser digno de tí?
- SOFIA. Sé que un crimen cometió
y que expiarlo es su anhelo.
Ya le ha perdonado el cielo
como le perdono yo.
Usted no debe ignorar
que hasta el hombre más honrado
tiene siempre en su pasado
algun error que expiar.
- GIL. Su pasado conocía
y soy con él indulgente.
Por su conducta presente

hay que juzgarle, Sofía.

SOFIA. Por su vida actual?

GIL. Sí.

SOFIA. Pues si basta un sólo dato,
escuche usted el relato
de cómo le conocí.

Há seis años, junto al río
paseándome yo un día,
oí una voz que decía:

tengo hambre!.. tengo frío!..

Miré y ví una manecita
que al tenderse tiritaba!..

Era un niño que llevaba

el hambre en su rostro escrita!

En aquella criatura

leí un drama sombrío.

—«Por qué lloras, hijo mío?

le pregunté con dulzura.

—Ay, señorita! yo soy!..

(dijo besando mis manos)

el mayor de cuatro hermanos

que aún están sin comer hoy.

—Tu padre, cómo se llama?

—Ha muerto!.. no tengo padre.

—Pobre huérfano! Y tu madre?

—Lleva un mes postrada en cama

—Guíame donde ella está.

—Es que el camino es muy largo!

—No importa.—Cumplió su encargo

y al fin llegamos allá.

Entré en una sala baja

tras un corredor estrecho,

y hallé una enferma; por lectio

tenía un montón de paja.

Contemplé sus ojos fijos

y en sus manos una cruz.

Ay! Había dado á luz

y era el cuarto de sus hijos.

Tembló mi frágil materia

y sentí un dolor profundo.

Nunca creí que en el mundo

hubiese tanta miseria.

Entregué á aquella mujer
cuanto dinero hallé en mí;
y luégo me despedí
ofreciéndola volver.
Mientras ella agradecida
«Dios le premie el bien que ha hecho!»
decía, estrechando al pecho
la tierna recién nacida.
Mas cuando iba á salir yo
detuvo mi planta incierta
el cuadro que ante la puerta
á mi vista se ofreció.
Sobre una piedra sentado
ví un jóven que con cariño
sostenía al pobre niño
que allí me había guiado
Á un libro atentos los dos,
uno enseñaba, otro oía;
el que enseñaba leía
los mandamientos de Dios.
Y en el tierno rapazuelo
germinaba la fe santa,
como germina la planta
con el rocío del cielo.
Dejó el Mentor su lectura
y al niño besó en la frente,
en tanto que el inocente
le decía con ternura:
«Cómo podré pagar yo
lo que usted hace por mí?»
Y con voz ahogada, así,
el jóven le respondió:
«No más mi pecho taladres
siempre en mí tus ojos fijos!
Pídele á Dios por los hijos
que hacen llorar á sus padres!»
Y una lágrima ví bien
que sus mejillas surcaba!
Y el pobre niño lloraba!
Y lloraba yo también!
Y aquel jóven...
Cuando ví

GIL.
SOFIA.

que á partir se disponía,
tal se hallaba el alma mía,
que á detenerle salí.

—Admirada de ver quedo,
lo que ha hecho usted, dije yo.

—Soy pobre, me respondió;
y hago el solo bien que puedo.

Feliz quien el oro invierte
en dar al pobre un consuelo!

La limosna es don del cielo
que en ángeles nos convierte.

—Pues bien, dije, ya que Dios
nos unió en tan santa idea,

para esa noble tarea
asociémonos los dos.

Así fué como el consuelo
llevamos á muchas gentes.

Y si aquellos indigentes
dieron las gracias al cielo,

debió subir sin retardo
otro nombre, al mio unido;

y ese nombre bendecido...
Era el nombre de Ricardo?

GIL.

SOFIA,

GIL.

Bien merece el perdon
quien así su falta expía.

Todo pecado, hija mia,
lo borra la contrición.

SOFIA.

GIL.

Él es! (Viéndole llegar por el fondo.)

Pues vamos allá;

(Señalando á la derecha.)
que por él dar quiero un paso
atrevido; en todo caso
el duque decidirá.

ESCENA X.

ADOLFO.

En vano fué mi porfía
en querer seguir la huella
del mayordomo. — Mi estrella

me obliga á huir de Sofía.
El más mínimo reproche
mi amor no le ha de costar.
Aunque me mate el pesar
partiré esta misma noche.
Y si un grito de dolor
se escapa al fin de mi pecho:
por el mal que ántes he hecho
absuélveme tú, Señor!
Yo tu santa ley adoro
y tu poder reverencio.
Mira que sufro en silencio
y en silencio también lloro!
Dame de un mártir la palma;
que sus lágrimas, Señor,
son las perlas que el dolor
busca en el foudo del alma.

ESCENA XI.

ADOLFO, CARLOS.

CARLOS. Con el odio más profundo
vengo de un traidor en pos.

ADOLFO. (Cielos!)

CARLOS. Uno de los dos
está demas en el mundo.

ADOLFO. Señor conde...

CARLOS. Hay un tesoro
que codicia el muy villano,
que intenta robar... la mano
de la mujer que yo adoro.
Haciendo mentido alarde
de virtud y de lealtad,
pretendía mi amistad
y me engañaba el cobarde!

ADOLFO. (Hay más que sufrir, Señor?)
(Invocando al cielo.)

CARLOS. En vano así al cielo implora!
—Quiere usted saber ahora
el nombre de ese traidor?
Ese que tendió una red

á mi corazon leal,
ese hipócrita rival,
ese traidor es usted.

ADOLFO. Oh!... Basta!

CARLOS. De ese villano
la vida me pertenece;
y ni siquiera merece
que le ofenda con mi mano.
Comprende usted mi furor?
Comprende usted que al instante
quiera afrontar con mi guante (Tirándoselo.)
el rostro de ese traidor?

ADOLFO. Oh! Matar ó morir quiero!

CARLOS. Ese coraje me agrada.

ADOLFO. Conde, una espada! Una espada!

CARLOS. La tendrá usted, caballero.

ESCENA XII.

ADOLFO, BENEDETTI, que se queda expiándole en
segundo término.

ADOLFO. Puede ya mi indignacion
borrar en sólo un momento
seis años de sufrimiento,
seis años de expiacion?
Puedo por mi honor lidiar?
Puedo intentarlo, Dios mio?
Seis años hace que ansío
esa palabra invocar.

Si! puedo hacerlo! .. el furor
que siento hervir en mi pecho
prueba que tengo el derecho
de lidiar ya por mi honor!
Que venga el conde! Su audacia
he de castigar aquí!

BENED. (Me está reservado á mí
el darte el golpe de gracia.)

ESCENA XIII.

DICHOS, GÁRLOS con dos espadas.

- CARLOS. Salgamos de aquí! (Dando una á Adolfo.)
ADOLFO. Salgamos!
CARLOS. Mi odio no tiene ya igual.
Será un combate mortal?
ADOLFO. Sin misericordia!
CARLOS. Vamos!
ADOLFO. Gracias, oh benigna suerte!
Gracias, oh arma bienhechora,
con la cual puedo yo ahora
dar ó recibir la muerte!
CARLOS. Vamos, pues!
BENED. (Interponiéndose.) Qué va usted á hacer?
CARLOS. Ven y sirve de testigo.
BENED. Va usted á batirse?
ADOLFO. Conmigo!
BENED. Con usted!... no puede ser.
CARLOS. Perezca uno de los dos!
BENED. El nombre de su rival
sabe usted?
CARLOS. Tellez.
BENED. No tal.
Se llama... Vargas.
ADOLFO. (Gran Dios!)
BENED. Y á ese hombre..
ADOLFO. (Otra injuria nueva!)
BENED. Tanto honor no corresponde.
No puede batirse el conde (Á Adolfo.)
con quien ese nombre lleva.
CARLOS. Por qué? El nombre me es igual.
Á quien yo busco es al hombre.
BENED. Es que, bajo un falso nombre,
se ocultaba... un criminal.
ADOLFO. Ah! (Cayéndosele la espada de la mano.)
BENED. Lo ve usted ya, señor?
CARLOS. Tan cobarde como infame.
ADOLFO. (Dios mio! Dios mio, dame
resignacion y valor!)

CARLOS. Salga usted! (Á Adolfo con desprecio.)

BENED. No haya piedad!

ADOLFO. (Expiacion bien cruel!)

ESCENA XIV.

DICHOS, GIL-PEREZ de uniforme y con multitud de cruces.
Trae un papel en la mano.

GIL. Tome usted este papel. (Á Adolfo.)

ADOLFO. Qué es esto? (Al tomarlo lo devora con la vista.)

GIL. Su majestad
le nombra á usted caballero...

ADOLFO. Oh!... (Recogiendo la espada)

GIL. Por gracia merecida,
de la real y distinguida
órden de Cárlos tercero.

CARLOS. Asi mataré al rival
que la dicha me robó.

GIL. No!

CARLOS. Quién va á impedirlo?

GIL. (Trayéndolo á su lado.) Yo,
en nombre del general.

CARLOS. De mi padre?

GIL. Sí, á fe mia.

CARLOS. Pero acaso usted ignora,
por mi mal, que ese hombre adora
á la condesa Sofía?

GIL. Y su pretension no es vana.

(Acercándole á Ricardo.)

Abrace usted arrepentido
al que va á ser el marido
de su hermana.

CARLOS. De mi hermana!

GIL. Su padre más largamente
le hablará.

CARLOS. (Váse por la derecha.) Corro á su lado.

BENED. Vamos!... hoy si que he tocado
el violon divinamente!

ADOLFO. Que se me otorgue un perdon
para ser feliz ansío.

GIL. Lo obtendrás.

ESCENA ÚLTIMA.

GIL-PEREZ, ADOLFO, ERNESTO, que apoyado en el brazo de SOFÍA, ha salido un momento ántes.

- ERNESTO. Ah!
- ADOLFO. Padre mio!
- ERNESTO. Hijo de mi corazon!
Yo desde lejos te ví
con los ojos de mi alma
ganar de un mártir la palma;
y por eso vine aquí.
Helaba mi corazon
un pensamiento sombrío;
el de morir, hijo mio,
sin darte mi bendicion.
- GIL. Ea! Todo acabó bien.
Basta ya de hacer pucheros!
—Voto á doscientos mörteros!...
Pues no lloro yo tambien!
- ERNESTO. Tu falta ya has expiado.
No inclines la frente así.
Mi perdon es para tí
la redencion del pasado.
- SOFIA. Y ese perdon traerá en pos
la dicha que á tu afan cuadre.
- ADOLFO. Sí! La bendicion de un padre
es la bendicion de Dios!

FIN DEL DRAMA.

ADICION AL CATALOGO DE 1.º DE JUNIO DE 1875

Prop. que
corresponde

TÍTULOS.

Actos.

AUTORES.

COMEDIAS Y DRAMAS.

Al que se hace de miel.....	1	D. Antonio Ramiro.....	»
Ciento por uno.....	1	F. Tusquets y R. Moly de Baños.....	»
El retrato de Macaria.....	1	Rafael María Liern...	»
En estado de sitio.....	1	Eduardo Zamora.....	»
Fuchín de les bombes.....	1	N. N.....	»
Miseria y Compañía.....	1	Joaquín Balaguer....	»
Nobleza de amor.....	1	José Jackson Veyan..	»
¡Ojo alerta!.....	1	E. Jackson Cortés...	»
Tal es cualis con camalis.....	1	N. N.....	»
Un diputado de antaño.....	1	Pelayo del Castillo...	»
Un doctor de Secá.....	1	N. N.....	»
¡Venganza noble!.....	1	Robustiano Trelles...	»
El tío cavila.....	2	E. Escalante.....	»
Levantar muertos.....	2	Sres. Blasco y R. Carrion	»
El cojo de Sariñena.....	3	D. Leandro Torromé....	»
La paz del hogar.....	3	Ángel Torromé.....	»

ZARZUELAS.

Americanos de pega.....	1	D. R. María Liern.....	Libro.
Carracuca.....	1	Sres. Liern y Monfort...	L. y M.
El Barbero de Rossini.....	1	Amalfi y Aceves.....	L. y M.
El castañar español.....	1	Amalfi y Ricci.....	L. y M.
El demonio de los Bufos.....	1	D. R. María Liern.....	Libro.
El grande hombre de Canillejas.....	1	N. N.....	Música
La comedianta Rufina.....	1	Sres. Liern y Monfort...	L. y M.
La familia Bachicha.....	1	D. Rafael Palos.....	Música
1873 y 1874.....	1	Sres. Velasco y Llorens.	L. y M.
Sistema Americano.....	1	R. María Liern.....	Libro.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En la librería de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.